

Dos microcuentos

María de Miguel*

Bienteveo

Me consta que hay muchos como mi suegro, dispuestos a defender su castillo hasta el final. Pero un diagnóstico de Alzheimer, hace apenas tres meses, ha trastocado sus planes y nuestra rutina. Un cuarto de menos, una cama supletoria de más y los chavales disfrutarán no ya de abuelo, sino de abuelo de pueblo.

Siguiendo las recomendaciones del neurólogo, Sergio y yo le hemos ido diseñando varios ejercicios de gimnasia mental. Así ha surgido la idea de las listas con pista, de proponerle cada día, a modo de concurso consigo mismo, recopilar el mayor número de palabras que designen peces de agua dulce, tubérculos comestibles o actrices solteras, por poner un ejemplo.

Como era de esperar, con el grado de dificultad ha crecido la amistad entre mi suegro y el diccionario enciclopédico del salón. Su tarea de hoy ha consistido en anotar nombres compuestos. De pájaros.

El ruido de las cacerolas lo ha traído a la cocina con su listado de sustantivos, a cual más curioso. Ha sido una de las cenas más coloridas que recuerdo, con el abuelo lanzando pájaros sobre el mantel y los niños divertidos intentando cazar al vuelo piquitertos, picofeos, cagaaceites, pechiazules, gallipavos, picapuercos, avefrías, picaflores, chochaperdices y bienteveos, que han salido aleteando por el patio de vecinos tras repostar en la sopa de letras.

Sin palabras

A los neurólogos, pocas enfermedades nos resultan tan inquietantes como la afasia. El cerebro, convertido en laberinto, pierde la capacidad de comunicación; el lenguaje propio se vuelve extranjero. Una especie de formulario sin rellenar, según mis pacientes.

Entre ellos, Carlos es un caso especial: su olvido es caprichoso. Se limita a nombres concretos, que puede repetir con fidelidad cuando alguien los pronuncia. No es casual, pues, su tendencia a rodearse de interlocutores locuaces.

Carlos sufrió un accidente de moto hace quince años; trabajaba como funcionario en la oficina de objetos perdidos y aquella mañana había helado. Superada la convalecencia, ni siquiera prestó atención a esos lapsus ocasionales que le hacían titubear y permanecer callado cuando no recordaba una palabra, pero llegó un momento en que, según me contó, se pasaba el tiempo disculpándose por sus lagunas, o dando mil rodeos para describir con cinco frases lo que antes habían sido cinco letras.

Por mi experiencia como neurólogo, sé que el progreso de muchas afasias está ligado a factores emocionales; que la omisión afecta primero a los términos menos utilizados, por rebuscados o banales, hasta alcanzar a elementos clave del discurso. Hoy, para mi pesar, Carlos se ha mostrado incapaz de hallar palabras como *pan*, *paz* o *vida*. Sólo me ha tranquilizado verlo acompañado de su hijo, que llevaba un diccionario ilustrado en la mano.



* Bióloga especialista y traductora. Universidad de Pompeu Fabra, Barcelona (España).
Dirección para correspondencia: mmijuel4@yahoo.es.